

II.2

Los diccionarios de autor. Tipos, metodología y estado actual

I. LOS ORÍGENES

Los diccionarios de autor o género literario no son un hallazgo reciente de la lexicografía griega. Ya en la Antigüedad encontramos glosarios e incluso auténticos léxicos de una serie de autores y géneros, de alguno de los cuales, paradójicamente, carecemos hoy de repertorio léxico. Tal es el caso, con algunas reservas, de las obras de Eufronio y Licofrón *περὶ κωμωδίας*, del *περὶ ἀρχαίας κωμωδίας* de Eratóstenes, las *γλῶσσαι Ὀμηρικαί* de Filetas, Zenódoto y Aristarco, el *περὶ τῆς Ὀμήρου συνηθείας* de Zenodoro, el *Ἀπίωνος γλῶσσαι Ὀμηρικαί* de Apión, etc. También se ocuparon los lexicógrafos antiguos de los prosistas, como puede ser el caso de Aristarco con su *Ἀριστάρχου Ἡροδότου ὑπόμνημα* que nos han conservado los *PAmherst*, y los numerosos índices y glosarios de Hipócrates como los de Baqueo de Tanagra, Epicles de Creta, Apolonio Ofis y Heráclides de Tarento, que ataca al primero de estos autores en su libro *πρὸς Βακχεῖον περὶ τῶν Ἱπποκράτους λέξεων*. A este último a su vez lo ataca Glauquias Empírico, que es el primero en hacer un léxico alfabético (*κατὰ στοιχεῖον*). Euforión escribió *λέξεις Ἱπποκράτους* en 6 libros. Esto por lo que se refiere a la primera época de la lexicografía griega. En la segunda época, bajo el imperio, la actividad lexicográfica en este campo es ya muy importante y las obras ofrecen un rigor y una calidad que las asemeja a las modernas. Podríamos citar de esta etapa a Apolonio el Sofista, que compuso un léxico homérico ordenado alfabéticamente por las dos primeras letras (conservado en el *Codex Coislinianus* 345), a Casio Longino, que escribió *περὶ τῶν παρ' Ὀμήρω πολλὰ σημαίνουσῶν* en 4 libros, a un tal Apolonio que compuso una *ἐξήγησις τῶν Ἡροδότου γλωσσῶν*, a Claudio Dídimο, que se ocupó de Tucídides en *περὶ τῶν ἡμαρτημένων παρὰ τὴν ἀναλογίαν Θουκυδίδη*, al igual que Evágoras de Lindos en su *τῶν παρὰ Θουκυδίδη ζητουμένων κατὰ λέξιν*. De los historiadores se ocupó Partenio en el *περὶ τῶν παρὰ τοῖς ἱστορικοῖς λέξεων ζητουμένων*. De Platón compuso Harpocración de Argos un comentario en 24 libros y unas *λέξεις Πλάτωνος* en 2 libros. Sobre este autor trabajaron también Clemente y Boeto. De Hipócrates se ocuparon nada menos que Erotiano y

Galeno. La obra de Erotiano era un auténtico «index» con citas precisas de todos los pasajes. Conservamos un epitome de él: τῶν παρ' Ἱπποκράτει λέξεων συναγωγή. Por su parte Galeno asumió los trabajos anteriormente citados de Baqueo y Erotiano, así como las obras de Pánfilo, Dioscorides y una serie de *Onomastica* y publicó τῶν Ἱπποκράτους γλωσσῶν ἐξήγησις ὑπερὶ ἰατρικῶν ὀνομάτων entre otras obras.

Podíamos citar más ejemplos pero sin duda no son necesarios ya que en este mismo libro (cf. supra capítulo I.2) hay un capítulo que trata de este tema. En todo caso de lo dicho parece desprenderse que los diccionarios especiales y de autor no son un invento reciente de la lexicografía.

En cuanto a las concordancias, su origen es muy posterior pero anterior, en todo caso, a Henricus Stephanus. Nacieron en el ambiente de cultura monacal de la Edad Media europea, dedicándose exclusivamente al estudio de la Biblia. Partían del supuesto de que unas partes de la Sagrada Escritura eran solidarias de otras, debido a la inspiración divina, y por lo tanto empezaron a confeccionar listas de *loci paralleli* para poder seguir las profecías. La primera de la que se tiene noticias se atribuye a S. Antonio de Padua (*Concordantiae Morales* de comienzos del siglo XIII) pero la primera conocida es la del dominico Hugo de St. Cher (†1264) titulada *Concordantiae Sacrorum Librorum* o *Sancti Jacobi*. Por cierto, apenas medio siglo más tarde el español Juan de Segovia hizo unas nuevas concordancias que sustituyeron a las de Hugo de St. Cher y gozaron de gran éxito en su época. Evidentemente estas concordancias estaban hechas sobre la *Vulgata* latina: hasta la Edad Moderna no aparecen las concordancias hechas sobre los *LXX*.

Para terminar esta breve introducción histórica conviene insistir en una cuestión teórica que no ha sido subrayada por la lingüística moderna. Nos referimos al hecho de que la existencia de léxicos e índices (y posteriormente concordancias) presupone la conciencia de la noción de idiolecto, de una forma empírica, mucho antes de que se formulase este concepto en Lingüística. En efecto, de la misma forma que la escritura ideográfica supone un análisis implícito de la lengua en palabras (análisis lexicológico), y que la escritura alfabética presupone también implícitamente la noción de fonema¹, la existencia de diccionarios de autor (que, entre otras cosas, serían para hacer centones e imitar el estilo del autor en cuestión) es una manera empírica de llegar al concepto de idiolecto formulado por Hockett no hace muchos años². Este hecho nos demuestra por una parte el carácter eminentemente práctico y empírico de la lexicografía y por otra el olvido o desinterés que la lingüística teórica ha tenido por la actividad lexicográfica.

¹ Para todo esto cf. *supra* el capítulo I.1.

² En su obra *A course in modern linguistics*, cap. 38, The MacMillan Co., Nueva York, 1958.

2. TIPOS DE DICCIONARIOS DE AUTOR

Hemos mencionado tres tipos diferentes de diccionarios de autor: índices, léxicos y concordancias. Aunque no suelen aparecer en estado puro, sino que con frecuencia una obra es a la vez léxico e índice o concordancia e índice, sin embargo vamos a definir cada uno de los tipos.

Un índice es un inventario exhaustivo de las palabras de autor, obra, género literario, *corpus* de inscripciones o papiros, etc., con citas muy precisas de los pasajes en que aparecen, ordenadas generalmente por orden alfabético y (esto es lo más característico) sin traducción. Teóricamente, los índices no deberían tener en cuenta criterios morfológicos o semánticos en su ordenación; es decir, formas como *λύθητι, ἐλυσάμην*, etc., no deberían aparecer s.v. *λύω* sino en el lugar en que les correspondiese por orden alfabético. Sin embargo esta estricta ordenación alfabética raramente se sigue y, como mucho, en las formas morfológicamente raras hay una referencia que remite al lema en cuestión. Los índices incluyen las palabras plenas y las relacionales aunque no es raro que prescindan de palabras muy frecuentes (tipo *καί, εἰμί*, etcétera) según el grado de exhaustividad que persigan. Cuando se trata de un autor con restos papiráceos los índices suelen incluir también los fragmentos de palabras incompletas. En cuanto a la forma de publicación, los índices pueden consistir en libros autónomos o en apéndices de obras varias, como ediciones de autor (cf. los frecuentes índices de la colección Teubner, los índices de los *Poetae Melici Graeci* de Page, de los lesbios el Lobel-Page, Calímaco de Pfeiffer, etc.), colecciones de inscripciones (*IG, SIG*, etc.) o papiros (*POxy., PSI*, etc.). En cuanto a los primeros (libros autónomos) la relación podría ser muy larga. Por poner algún ejemplo reciente, piénsese en el *Index Philoneus* de Günter Mayer, Walter de Gruyter, Berlin, 1974, o en los realizados con ayuda de ordenador que mencionamos en el capítulo dedicado a esta cuestión¹.

Como decíamos los índices pueden ser exhaustivos o (más o menos) selectivos. Pueden incluir o excluir los nombres propios; pueden dividir el léxico en diferentes parcelas y establecer subapartados para léxico literario, léxico documental, nombres propios geográficos, de meses, de reyes y emperadores, etc., como suelen hacer, por ej., los índices de las colecciones de papiros. Finalmente pueden seguir un orden alfabético directo (de izquierda a derecha) o inverso (de derecha a izquierda).

En resumen los índices son un instrumento de trabajo fundamental para el editor de un texto, el papirólogo (piénsese en la utilidad del *Spoglio* de Daris para los editores de papiros), el filólogo, el lingüista, el lexicógrafo y a partir de ellos se pueden hacer una serie de investigaciones sobre estadística lingüística, atribución y datación de textos, etc.

¹ Cf. *infra* capítulo II.7.

Otra forma que adoptan los diccionarios de autor es la de concordancias. Una concordancia es, aproximadamente, un índice con contextos, es decir, una relación alfabética de las palabras de un autor u obra precedidas, seguidas o en medio de un contexto significativo. Quizá el problema principal que se plantean las concordancias sea precisamente el de aislar el contexto realmente significativo. Esta cuestión es «resuelta» por los autores de concordancias con ayuda de ordenador en base al cómodo procedimiento del KWIC (Key-words-in-context) que mecánicamente ofrece un número de caracteres variable antes y después de la palabra clave. Este expediente ha sido criticado por los autores del Centro de Lieja¹ y los autores de índices que defienden la mayor utilidad de éstos frente a las concordancias. Puestos a tomar partido en este enfrentamiento yo me inclinaría del lado de los autores de índices y en contra de los de concordancias por las razones que expondré a continuación. En efecto, como hemos dicho, una concordancia es aproximadamente un índice de palabras plenas dentro de un contexto. El problema -es, sin embargo, aislar ese contexto. Dadas las necesidades de concisión y brevedad este contexto a veces es muy incompleto e inútil para la comprensión correcta de la palabra. Cuando se trata de poetas *κατὰ στίχον* los autores de concordancias suelen zanjar la cuestión citando el verso completo en el que aparece la palabra clave. Ahora bien, el hipérbaton y los encabalgamientos son causa de que un verso aislado de los demás resulte, con frecuencia, incomprensible. De esta manera el que utiliza una concordancia tiene que tener delante constantemente la edición, ya que el contexto le resulta insuficiente e inútil. Y si el contexto es inútil, ¿qué razón hay para darlo? Además una concordancia por la servidumbre del contexto suele renunciar a dar una relación exhaustiva de las palabras del autor u obra, con lo que acaba resultando más incompleta que un índice, a pesar de ser más voluminosa. Por otra parte dar el contexto necesario es muy difícil (piénsese en un diálogo platónico en el que, a veces, el contexto semántico necesario son varias páginas) y los autores de concordancias siguen criterios tan subjetivos para delimitarlo que cuando poseemos dos concordancias de un mismo autor no suelen coincidir casi nunca en la fijación del contexto. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en dos concordancias del *Corpus Tibullianum* aparecidas casi simultáneamente (Edward O'Neil, *A Critical Concordance of the Tibullian Corpus*, Nueva York, 1963 y Adriana della Casa, *Le concordance del Corpus Tibullianum*, Génova, 1964) que discrepan sistemáticamente en este punto.

Además, las concordancias por su misma disposición y presentación del material carecen de datos estadísticos del empleo de las palabras y en este sentido son poco más útiles que los textos mismos. Tampoco suelen señalar las veces que sale una palabra en un verso, contentándose con recogerla una

¹ Cf. *infra* capítulo II.7, así como el n. 1 de *Revue* (1965), pp. 1 y ss. y el artículo de J. J. Duggan, «The value of Computer-generated Concordances in linguistics Research», *Revue* 3, p. 51 ss., junto con la bibliografía citada en él.

vez. No establecen distinción en el caso de homónimos y homógrafos de manera que *cum* preposición y conjunción o *tempus* 'tiempo' y 'sien' aparecen anárquicamente mezclados. Finalmente, cuando siguen de manera mecánica el orden alfabético y no el criterio morfológico-semántico resulta desconcertante encontrar formas nominales y verbales desperdigadas, separadas de la forma base.

Por todas estas razones, de los diccionarios de autor son las concordancias las que presentan mayores deficiencias prácticas y sus funciones pueden ser desempeñadas igual por los índices, si exceptuamos la de los *loci paralleli* y la de la colección de frases que presenta una concordancia, útil para la fabricación de centones y retroversiones y para hacer citas eruditas de autores clásicos.

La tercera forma, sin duda la más completa, que adoptan los diccionarios de autor es la de léxico. Un léxico es un diccionario de un autor, obra o género literario que, dependiendo de su grado de exhaustividad consistirá en una especie de índice con los significados de las palabras y con una ordenación al menos parcialmente morfosemántica. En efecto, en la medida en que un léxico pretende dar los significados de las palabras, no tiene más remedio que agrupar bajo un mismo artículo todas las formas de un verbo, sustantivo o adjetivo ya que su significado es el mismo aunque alfabéticamente no debieran ir unidas. Sin embargo, esta dificultad que surge de la distinta finalidad de un léxico y un índice puede ser resuelta de manera bastante aceptable. En efecto, si tomamos como ejemplos el léxico herodoteo de Powell (Cambridge 1937) o el de Píndaro de Slater (Berlin 1969), que en muchos aspectos son paradigmas de los léxicos de autor, vemos que dedican artículos independientes a εἶπον, εἶπα, εἰρόμην (el Powell) y λέγω y que s.u. λέγω se limitan a remitir a εἶπα. Asimismo el léxico de Powell, s.v. εἶμι da todas las formas de este verbo como si fuese un índice. Hasta cierto punto, pues, es factible hacer a la vez un léxico y un índice y es, quizá, el *desideratum*. Siguiendo con Powell vemos que pretende incluir absolutamente todas las palabras herodoteas excepto καί, que recoge todas sus ocurrencias, que da sistemáticamente el número de veces que aparece cada una (entre paréntesis y al comienzo del artículo). Su única diferencia con un índice es que si lo fuera en puridad, debería dar las palabras dos veces: una por su forma y otra por su contenido. Ni que decir tiene que para la inmensa mayoría de los usuarios la forma ideal de los diccionarios de autor es la de léxico-índice o léxico exhaustivo.

Para terminar hay que advertir que la diferencia entre estos tres tipos de diccionarios no suele ser clara: los léxicos suelen incluir material más propio de índices (por ej., el de Powell) o de concordancias; los índices pueden incluir contextos como si fueran concordancias (por ej., el *Index Aeschyleus* de Italie) y así sucesivamente. Es decir, lo que suelen darse no son índices, concordancias o léxicos en estado químicamente puro sino «uneasy compromises between any two or even all three categories»¹.

¹ C. Collard, «A proposal for a Lexicon to Euripides» *BICS* 18, 1971, p. 136.

3. METODOLOGÍA DE LOS DICCIONARIOS DE AUTOR

El carácter empírico de la lexicografía en general y más especialmente de la lexicografía de autor hace que exista una bibliografía escasísima sobre metodología de los diccionarios de autor. Se puede decir que prácticamente todo lo que se ha escrito sobre esta materia aparece recogido en la bibliografía del artículo citado en la nota anterior. Nosotros vamos a seguir fundamentalmente las ideas expuestas por W. A. Oldfather en «*Suggestions for Guidance in the Preparation of a Critical Index Verborum for Latin and Greek authors*» (*TAPhA* 68, 1937, pp. 1-10) a pesar de que a veces discrepemos de él, y por lo tanto suprimamos algunos de sus puntos y añadamos otros. En definitiva los principios que deben presidir la confección de un diccionario de autor son los siguientes:

a) Por tratarse de un autor, obra o género literario, con un vocabulario más o menos reducido, pero en todo caso asequible, deben recogerse absolutamente todas las palabras con todas sus ocurrencias (al menos en el caso de los índices). Los léxicos y concordancias podrían desechar alguna palabra muy frecuente y conocida (como hace Powell con *καί*, etc.) aunque ni siquiera esto es aconsejable ya que dificulta o imposibilita investigaciones ulteriores de tipo estadístico-comparativo. En caso de que se decida prescindir de alguna palabra, por demasiado conocida, deberían incluirse sin embargo sus usos más anómalos o infrecuentes. Cuando no se sigue este principio los resultados son insatisfactorios: tal es el caso de los dos diccionarios de Filón que poseemos, los *Indices ad Philonis Alexandrini Opera* de J. Leisegang, Berlin 1926, que es muy selectivo (le faltan infinidad de palabras) pero da con frecuencia contextos, y el *Index Philoneus* de G. Mayer, Berlin 1974, que es un puro índice, sin contexto alguno y sin embargo pone *passim*, en vez de cita precisa, en las palabras más frecuentes. Debido a ello para estudiar el léxico de Filón hay que utilizar forzosamente los dos y aún así se echa en falta a veces una obra realmente exhaustiva.

b) El diccionario debe seguir una edición como base y atenerse a sus lecturas, a pesar de lo cual debe dar también otras lecturas de manuscritos, *variae lectiones* e incluso *falsae lectiones* y conjeturas como hace, por poner un ejemplo reciente, el Índice de la edición de Píndaro de Snell-Maehler (Teubner 1975). El progreso de la crítica textual hace cambiar una serie de lecturas tenidas como canónicas y si el diccionario no cumple este requisito, su suerte iría ligada peligrosamente a la de la edición básica, que puede quedar anticuada en pocos años. Sin embargo, estas *variae, dubiae, falsae lectiones* deben ir marcadas de alguna manera que las distinga del texto base (Powell, por ejemplo, indica las variantes con paréntesis redondos y las conjeturas con corchetes).

c) Las palabras dudosas de pasajes corruptos deben ir asimismo marcadas con un óbelos o de alguna otra manera. Powell reserva el óbelos, en

cambio, para marcar las *voces primum dictae*. Asimismo, las palabras nuevas (hápx procedentes de papiros, por ejemplo) deben ser indicadas convenientemente por medio de un asterisco o quizá con dobles corchetes, como propone Oldfather. En cuanto a fragmentos de palabras incompletas aparecidas *in frustulis papyraceis* es evidente que sólo podrían ser recogidas por un léxico cuando son traducibles, por una concordancia cuando son comprensibles en su contexto y por un índice en cualquier caso. Sin embargo, el sentido común decidirá cuándo estos restos son desechables. Como ejemplo de buen proceder en estos puntos a), b) y c) véase, por ej., el *Lexicon Hesiodeum* de M. Hofinger, Leiden 1975, que también es un ejemplo de cómo se debe hacer un léxico, y el excelente *Léxico de los Himnos de Calímaco* de Emilio Fernández-Galiano (Madrid 1976).

d) Las citas deben ser muy precisas: libro, capítulo y línea, o libro y número de verso, etc. (cf. por ejemplo numeración de Powell), de manera que no sea preciso leer un largo pasaje para localizar una palabra (como es el caso, por ej., del *Lexicon Xenophonteum* de Sturz). Si es necesario se puede añadir una numeración supletoria a la de la edición base. En todo caso deben seguirse las numeraciones tradicionales (del tipo Platón-Stephanus, Aristóteles-Bekker, etc.) so pena de que localizar una palabra sea una tarea engorrosa, como ocurre con el *Index Philoneus* citado anteriormente que ignora la clásica numeración de Mangey (y la de Cohn-Wendland) y se inventa una de su cosecha a base de dar un número a cada una de las obras de este autor.

e) En el caso de los léxicos deben recogerse las variantes de colometría y orden que impliquen cambios de sentido.

f) No parece oportuno recoger las *ὑποθέσεις*, *βίοι τοῦ συγγραφέως*, didascalias, títulos, *τὰ τοῦ δράματος πρόσωπα*, testimonios, etc., excepto en la medida en que alguno de estos textos marginales pueda proceder del mismo autor y pertenezca por lo tanto a su léxico. En el caso de recoger este tipo de textos convendría distinguirlos de alguna manera.

g) Si una palabra tiene dos o más formas (*ἄελιος* / *ἄλιος*, *ἄεθλος* / *ἄθλος* etcétera) deben recogerse las dos bajo la primera alfabéticamente, o la más frecuente, y en la otra poner una referencia cruzada. Las referencias cruzadas son asimismo obligadas para los polirrizos, sígase con ellos el criterio que se siga (partirlos por raíces como Powell o aunarlos bajo un solo lema). Lo que no se debe hacer en ningún caso es inventar una forma no atestiguada por mor de la regularidad, como hace Bailly con el verbo *λέγω-ἔλεξα* 'acostarse' o el Liddell-Scott con presentes fantasmas como *εἶδω*.

h) Lo mismo puede decirse de los adverbios en *-ῶς*, adjetivos verbales, etc., que deben tener referencias cruzadas con la forma base si no están incluidos bajo el lema.

i) Como hemos dicho ya las palabras flexionadas deben recogerse por el orden gramatical y no por el alfabético. Que *λύειν* aparezca antes que *λύω* es un trastorno al que el lector nunca se acostumbrará. Las formas verbales deben ir bajo el presente de indicativo activo, si existe, y las nominales bajo el nominativo singular (masculino). Ya dentro de los artículos del diccionario

es preferible seguir el orden gramatical al alfabético. Conviene desambiguar las formas homógrafas indicando brevemente su función. Así: ἀγαθόν (nom. sing. neutro).

j) Las perífrasis y epítetos de nombres propios (ἄναξ ἀνδρῶν, ὁ Ἀτρεΐδης, etcétera) deben darse en su lugar correspondiente pero con una referencia en la forma base (en este caso s. v. ἄγαμέμνων).

k) Las personificaciones y prosopopeyas deben hacerse constar y quizá conviene incluirlas al final de cada artículo. Igualmente los adjetivos sustantivados deben ir bajo el lema del adjetivo en cuestión (quizá con alguna excepción en el caso de los ya acuñados como los abstractos en -κῆ, tipo γραμματικῆ, que suelen usarse como sustantivos, sin τέχνη).

l) Las enclíticas pueden mencionarse dos veces (en el caso de los índices), unidas a las tónicas correspondientes y separadas.

m) Es muy útil ofrecer el número de ocurrencias de cada palabra (tras el lema, por ejemplo) por las posibilidades de estudio que ofrece este dato.

n) También son útiles todas las informaciones suplementarias de métrica, prosodia, etc.

ñ) Un problema más grave, y que exigiría un estudio por sí solo, es el de la estructura del artículo propiamente dicho. Por tratarse de un autor u obra en el que difícilmente caben organizaciones diacrónicas de los artículos, quizá el criterio más correcto sería el de organizar la palabra griega conforme a dos principios, a primera vista contradictorios, pero en la práctica complementarios: nos referimos a la distribución de la palabra griega y a sus traducciones a la lengua de salida. Es decir, se trataría de formalizar, si ello es posible, en qué distribuciones de la lengua de entrada se basan las traducciones a la lengua de salida, entendiendo por distribución el contexto gramatical (singular-plural, activa-media), semántico (clases y subclases de palabras) y aun situacional o de contexto muy amplio.

Además de estas cuestiones más o menos concretas o técnicas (y de otras que menciona Oldfather, como tipografía, puntuación, etc.) existen otras más generales que deben tenerse en cuenta también a la hora de hacer un diccionario de autor. Así, por ejemplo, al hacer un léxico, el traducir determinadas palabras, como λόγος, supone haber tomado partido en la interpretación global de la doctrina de un autor filosófico, por ejemplo, interpretación que debe indicarse en algún lugar, como el prólogo de la obra. Tal puede ser el caso de Plotino, o Proclo, o de los autores técnicos, matemáticos, médicos, etc. El autor de léxicos o índices también tiene que plantearse a veces cuestiones de autenticidad, datación y atribución de un texto nuevo a un título conocido por la *traditio* medieval, reconstrucción de una obra a base de disponer los fragmentos en un orden determinado, etc. Piénsese en Menandro del que por una parte conocemos los títulos de más de dos docenas de obras y por otra parte disponemos de fragmentos —a veces largos— de ocho o nueve *fabulae incertae*. ¿Qué títulos de los que conocemos por la *traditio* casan con esas *fabulae incertae*? ¿Es la *Fabula incerta* II el *Apistos*?

¿Es la *Fabula Incerta* IV el *Misogynes*? ¿Es el papiro de Oxirrinco 2020, por ejemplo, de Menandro o de otro autor cómico? Si es de Menandro, ¿de qué obra es? A todas estas cuestiones —que Oldfather ignora— debe buscar solución el autor de léxicos y quizá influya en el hecho de que carezcamos de diccionarios de Menandro, Plotino, Proclo, etc., el que estos autores planteen problemas tan espinosos.

Por lo demás, en una actividad tan empírica como es la lexicografía especial, el método nunca es predecible al ciento por ciento: cada autor, cada obra o cada género plantean unas exigencias metodológicas propias. Además el método variará mucho también según las ambiciones de la obra a realizar: es evidente que el *Lexikon des frühgriechischen Epos* de B. Snell, H. J. Mette y otros seguirá unos criterios diferentes al *Lexicon Hesiodeum* de Hofinger a pesar de tratarse en ambos casos de léxicos de autores griegos arcaicos, y a pesar de ser obras excelentes las dos.

